

SIGUE LA FIEBRE DE RECUPERACIÓN: MÁS LIBROS MEJORANDO LA HISTORIA

Francisco CARRASQUER LAUNED
Profesor emérito de la Universidad de Leiden

A nuestra última reseña de libros que hacen justicia revalorizando autores injustamente desdeñados o gestas de nuestro pueblo, no por recientes menos olvidadas, se suman hoy más obras reivindicando el derecho a rehacer nuestra historia de entre los años 1931 y 1939, tan cínicamente traicionada por los historiadores venales.

Pues sí, hoy nos imponemos hablar de los títulos *Orígenes del cambio regional. Un turno del pueblo. Confederados Aragón 1900-1938*, de Alejandro Díez Torre; *Cómo se ha escrito la Guerra Civil española*, de Carlos José Márquez; *Gallo rojo, gallo negro*, de Daniel Muchnik; *El fenómeno revisionista o los fantasmas de la derecha española*, de Francisco Espinosa Maestre, y *Los libros de la Guerra: bibliografía comentada de la Guerra Civil en Aragón (1936-1949)*, de José Luis Melero.

Aún hay otro ensayo muy interesante recientemente aparecido que viene a completar en cierto modo lo que tenemos escrito sobre los maestros de escuela, víctimas del franquismo, a propósito del libro de Víctor M. Juan Borroy, titulado *La tarea de Penélope. Cien años de escuela pública en Aragón*. Pero de este nuevo libro al que nos referimos ya ha salido reseña. Y buena, por cierto. Véase, en la sección «Babelia» de *El País* del pasado 14 de octubre, p. 7, «La depuración universitaria», de José Manuel Sánchez Ron, reseña del libro de Jaume Claret Miranda *El atroz desmoche* (título tomado de una expresión de Pedro Laín Entralgo en su libro-confesión *Descargo de conciencia*), que hace referencia también a la universidad bajo Franco, porque de esto trata detenida y fiscalmente la obra de Claret: del proceso y resultado de la depuración de profesores y catedráticos universitarios. Pero no solo

se «depuró», sino que también se asesinó, como consta en la lista de la página 355 de docentes académicos fusilados, encabezada por los rectores de Oviedo y Granada y el antiguo rector de Valencia.¹

El primero de la lista de hoy es una voluminosa obra de Alejandro Díez Torre con este largo título: *Orígenes del cambio regional. Un turno del pueblo. Confederados. Aragón 1900-1938*.² Se trata de una preciosa edición con magníficas ilustraciones en dos tomos de gran formato, unas 1050 páginas en total y abundantes notas de muy rica información y que a menudo contienen biografías.

El declarado propósito del autor es informar de cómo en una provincia dominada por el caciquismo y la inercia administrativa (solo eficiente para reprimir los movimientos de izquierda, eso sí) pudieron por ventura influirse recíprocamente el regeneracionismo de Joaquín Costa y el anarcosindicalismo de la CNT en el Aragón liberado durante la Guerra Civil española.

Es particularmente interesante seguir al autor en su análisis de cómo se diferenció la CNT aragonesa de la de las otras regiones españolas. Y ¿por qué? Pues por no haberle afectado apenas las discrepancias faísmo y treintismo, por un lado, y por otro, como dice nuestro autor, «porque la presión persecutoria contra la CNT no solo acrecentó la fuerza y la moral de los militantes, sino que estimuló actividades organizativas y simpatía social ambiental», porque «se produjo un relevo generacional [...] para reemplazar los huecos que, en las localidades y comarcas, dejaron los presos” (t. I, p. 139).

El gran servicio que nos presta Alejandro Díez en este libro es que repasa con ojo crítico los textos fundadores del franquismo y, por ejemplo, nos expone el Plan Mola: «La acción ha de ser en extremo violenta para reducir lo antes posible al enemigo [...] es absolutamente necesario inspirar un saludable terror en la población» (t. I, p. 305). El mismo Mola, que estuvo en Zaragoza el 21 de julio de 1936 para supervisar la represión (y de paso proveerse de material bélico), iba empollado de máximas y consignas como las que contiene el libro que le dedicó José María Iribarren: «Esta guerra tiene que terminar con el exterminio de los enemigos de España», «Yo veo a mi padre en las filas contrarias y lo fusilo»... Y así... por este estilo... ¡tan cristiano!

La implantación del Consejo de Aragón, vista en comparación con las autonomías actuales, muestra la modernidad de aquel proyecto. Alejandro Díez da un aleccionador repaso a las visiones libertarias ante el poder y la economía, situando las tensiones en presencia y el rechazo generalizado entre los colectivos aragoneses

¹ Damos la referencia para el lector interesado: Claret Miranda, Jaume, *El atroz desmoche*, pról. de Josep Fontana, Barcelona, Crítica, 2006, 523 pp.

² Díez Torre, Alejandro, *Orígenes del cambio regional. Un turno del pueblo. Confederados. Aragón 1900-1938*, Madrid, UNED / PUZ, 2003 (tomo I: *Confederados. Orígenes del cambio regional de Aragón, 1900-1936*, 455 pp.; tomo II: *Solidarios. Un turno del pueblo. Aragón, 1936-1938*, 593 pp.).

de los abusos de poder de las milicias. Toda la génesis del Consejo de Aragón nos enseña cómo finalmente pudo ser clave la influencia de Durruti a favor de este nuevo organismo y cómo la franca oposición de García Oliver y la indiferencia de los ministros, incluso los cenetistas, en el Gobierno, acabaron por tolerar la liquidación por Líster y su gente del Consejo de Caspe.

Para el transporte y el fomento de la economía colectivizada, se produjeron adelantos y prometedores proyectos. Son dignos de mención los intentos y experimentos de Saturnino Carod, fiel seguidor de las ideas de Kropotkin, si bien obraba por propia iniciativa y por desgracia sin vinculación con el Consejo. Por lo que a educación se refiere, la vida del Consejo fue demasiado corta como para que haya quedado rastro alguno de innovación notable.

Sí hay que destacar que hubo elecciones municipales en febrero de 1937, cuando el Consejo llevaba seis meses de existencia y ya el PCE contaba con sus medios de difusión favorables; pero, a pesar de todo, los resultados de tales elecciones, según Alejandro Díez, fueron los siguientes: 1183 consejeros para la CNT, 618 para la UGT, 269 para IR, 55 para el PSOE y 19 para el PCE, de un total de 2311. O sea, el 56% para la CNT y el 0,8% para el PCE.

Alejandro Díez ha optado por dar cima a su obra ensalzando el valor de la lección magistral que encierra para la humanidad la labor realizada gracias a aquella inmensa fuerza creadora de aquel Aragón cuyo simbolismo se expresa a través de la iconografía de los billetes de la moneda local.

Por último, nos place proclamar que es esta una obra de aportación excepcional para entender el costismo, aquel gran momento del pueblo de Aragón, y la valiente gesta de la CNT aragonesa. La iconografía y su adecuación al texto son un acierto del autor que contribuye eficazmente a una mejor comprensión de los sucesos y su desarrollo.

Pero, sobre todo, el valor de este libro es el que pone el autor en todos los suyos: como historiador, se puede jurar sobre ellos como si fueran la Biblia... para los que en ella creen.

El segundo libro que nos hemos propuesto tratar lleva por título *Cómo se ha escrito la Guerra Civil*,³ título por demás escueto, puesto que podría ser un poco más explícito en estos términos —por ejemplo, *Cómo se ha escrito la historia de la guerra civil española*—, pero su autor, Carlos José Márquez, es muy joven, no se entretiene demasiado en detalles y va al grano sin pararse en sobrentendidos. Porque si habla de *Guerra Civil*, ¿qué otra puede ser si no la española?, tanto para él como para sus presuntos lectores. Y si el autor es historiador, lo propio es que se refiera en este caso a los historiadores de nuestra guerra del 36, y así lo entendemos los españoles.

³ José Márquez, Carlos, *Cómo se ha escrito la Guerra Civil*, Madrid, Lengua de Trapo, 2006, 333 pp.

Decía que el autor es muy joven porque no deja de ser admirable que a los 31 años se haya tenido tiempo, empeño y formación suficientes como para publicar un libro de 333 páginas y tan exigente como para obligar al autor a repasar y criticar 287 obras sobre el tema y sacar conclusiones aleccionadoras, las más próximas a la verdad histórica. *Chapeau!*

Ya que hemos hablado del soporte bibliográfico, cifrado en 287 títulos, el autor mismo nos advierte en nota 1 que el índice por nosotros contado no es más que el de libros manejados para la escritura del ensayo que estamos tratando, y que para una bibliografía exhaustiva hay que recurrir a la de Bolloten (1989) y a la de Mintz (1996).

En el prólogo que hace a este libro el pródigo escritor Fernando Alonso Martínez se empieza diciendo: «Hace treinta años José Martínez Gericabeitia, fundador y director de *Ruedo Ibérico*, nos avisaba de lo que estaba por venir: “Una verdadera guerra civil histórica”». Con lo que mi malogrado gran amigo Pepe Martínez quería decir que la guerra civil española acabaría siendo una guerra de guerrillas entre los historiadores españoles. Y, abundando en lo mismo, nuestro autor, Carlos José Márquez, remata así la cuestión: «La historiografía es un campo de lucha política más [...], cada grupo político o social tiene una memoria colectiva propia confrontada, e incluso enfrentada, a las de otros grupos políticos y sociales».

Abordando los enfoques tan interesantes como innovadores que da Márquez a su libro, el prologuista anticipa que lo más importante en este ensayo es sin duda alguna que haya partido su autor del estudio primero y primordial de los yacimientos, de los fundamentos que dan origen a los hechos que la historia recoge y constituyen el objeto de estudio del historiógrafo. Y esencialmente queda otro punto de partida, el más original y necesario: saltarse el reduccionismo que supone enfrentar fascismo y antifascismo, o cristiandad y conspiración judeo-masónico-comunista. Fernando Alonso continúa:

Con todos sus matices y distintos devenires —continúa Fernando Alonso— ambas historiografías «oficiales» se olvidan de la lucha entre reacción y revolución, que fue el motor de la guerra, el trasfondo cotidiano de la vida y la política de aquellos años.

Como se verá, este reduccionismo es una constante en las historiografías estudiadas a lo largo de las páginas que siguen, y se pone claramente en evidencia, por ejemplo, cómo todas pasan de puntillas y sin hacer ruido por acontecimientos tan trascendentales como la persecución y aniquilamiento del POUM (Partido Obrero de Unificación Marxista), o los sucesos de mayo del 37, en los que se puso de manifiesto, una vez más, la existencia de un proceso revolucionario en la zona republicana: las barricadas levantadas en Barcelona, el asalto al edificio de la Telefónica, o los tiros de las bases cenetistas a los altavoces por donde la voz de sus cuadros llamaba a la calma dan idea de que todo no era tan sencillo.

Daban idea de que el pueblo español iba más lanzado que sus dirigentes a «ir a por todo», o sea, a hacer la revolución social, diría yo. Y de paso constatamos que Márquez se propone descubrir las omisiones intencionadas, tanto de los historiógrafos de la derecha como de los de la izquierda.

Una última puntualización del prologuista:

Es verdad que una escasa y frecuentemente olvidada historiografía libertaria (casi siempre anarco-sindicalista) sí dio cuenta de la experiencia revolucionaria y de la contrarrevolución que llevó a cabo el orden republicano; sin embargo, esta es una historia de derrotados [...] en el más profundo y dramático sentido: se perdió la guerra y se perdió la Revolución; no es pues una historia del Poder, de ningún Poder. Además, esta historiografía adolece de serios problemas metodológicos, ya que en muchas ocasiones tiende al personalismo (lógico, puesto que se vuelca principalmente en el formato de las memorias) y a la mitificación, faltando por lo general unas bases sólidas que posibiliten un debate historiográfico serio.

Aquí se impone aclarar que la «mitificación» parte más de la historiografía ajena que de la propiamente libertaria.

Por último, la conclusión del prologuista Fernando Alonso Martínez, con la que estamos de acuerdo:

Quede pues claro lo que el lector va a encontrar de aquí en adelante: un trabajo riguroso, honesto y autónomo; ideas que toman partido sin comulgar con la verdad de nadie; un estudio que, visto el panorama, era absolutamente necesario, y cuya principal virtud es la de empezar la casa por los cimientos, fundamentando conceptos y desarrollando argumentaciones que nos llevan hasta la trastienda de las distintas historiografías analizadas. No habrá entonces cabida para las estridencias y las burdas polémicas a las que nos hemos venido acostumbrando. Este ensayo va un paso más atrás, apunta al preciso lugar en el que se gestan las narraciones para que podamos entenderlas pieza a pieza y demolerlas, si es preciso.

El tercer título que tenemos en cartera es *Gallo rojo, gallo negro (los intereses en juego en la Guerra Civil española)*.⁴ Aquí el autor es un profesor argentino más conocido por su obra de economista (como ya sugiere el subtítulo) que por sus publicaciones como historiador, aunque también es licenciado en Historia. Pero como economista inicia su análisis historiográfico dando cuenta de los desequilibrios estructurales de la economía española y de la sociedad que la organiza, desequilibrios que para Muchnik derivan, nada menos, en la Guerra Civil, y que luego, al centrarse en el perverso juego de intereses de las potencias, da como resultado el abandono de la joven y convulsa II República, enfrentada, sin apoyo, a la prepotente alianza del fascismo europeo, constituida por el famoso eje Roma-Berlín, que Mussolini promueve el 23 de octubre de 1936 para imponerse, con Alemania, sobre Europa, y lo primero que hace es reconocer el régimen de Franco. Después se agregan al eje Japón y los países que hicieron la guerra con Alemania, pero cuando era de esperar que los aliados que vencieron al eje ayudasen a España, sojuzgada por otro fascismo, «¡no hubo nada!». En este trance achaca Muchnik este paso de gallina intencionado de los aliados para con el pueblo español a la desconfianza que Chamberlain, Roosevelt, Blum y demás jefes de Gobierno antifascistas abrigaban

⁴ Muchnik, Daniel, *Gallo rojo, gallo negro (los intereses en juego en la Guerra Civil española)*, Buenos Aires, Norma, 2004, 261 pp.

contra la izquierda republicana española. Pero yo precisaría más y atribuiría el que las democracias dejaran en la estacada a la II República española al terror que les infundía el Movimiento Libertario Español, cuya gente luchaba contra todo Gobierno y todo Estado. ¿Cómo iban a ayudar a semejantes enemigos?

Y luego se engendra ese escandaloso contubernio, el Pacto de No Intervención, vergonzoso acuerdo internacional que no solo firmaron Italia y Alemania, sino también la Unión Soviética. El apoyo de Stalin a la República le parece «oscilante» a Muchnik y cree que «se concretó solo a cambio de oro y (sobre todo, digo yo) a base de la ingerencia creciente del PCE en las decisiones de una sucesión de Gobiernos superados por los acontecimientos, con un frente interno partido entre socialistas moderados, anarquistas revolucionarios, autonomistas catalanes y separatistas vascos, mientras miles de voluntarios de todo el mundo se sumaban a las Brigadas Internacionales y la Iglesia ¡clamaba por el exterminio de los “rojos”!»..

La crisis económica mundial de 1930 había sumido al mundo occidental en un enfrentamiento entre democracia capitalista y fascismo. Pues bien, para este apasionante análisis de Daniel Muchnik, la Guerra Civil no fue sino una cifra de ese conflicto regado de traiciones, contrabando de armas, dinero de empresas en eterna competencia y mezquinos intereses políticos, en fin: un ensayo general de la II Guerra Mundial.

Este libro contiene apéndices tan interesantes como curiosos:

- Cronología de la II República y de la Guerra Civil (12 pp.).
- Cancionero: a) canciones republicanas; b) canciones anarquistas; c) canciones socialistas y comunistas; d) canciones de las Brigadas Internacionales; e) canciones falangistas; f) canciones nacionalistas catalanas y vascas, y g) canciones carlistas.
- Bibliografía: 48 autores (4 pp.).
- Índice onomástico (8 pp.).

El cuarto y penúltimo libro es *El fenómeno revisionista o los fantasmas de la derecha española*, de Francisco Espinosa Maestre.⁵ Tiene un subtítulo que acaba de explicar su título y su propósito aleccionador: (*sobre la matanza de Badajoz y la lucha en torno a la interpretación del pasado*).

Pero, primero, habríamos de preguntarnos qué es *revisionismo*, puesto que el título nos habla de *fenómeno revisionista*. El *Diccionario* de la RAE de 1984 dice: «Revisionismo, m. Tendencia a someter a revisión metódica doctrinas, interpretaciones o prácticas establecidas con la pretensión de utilizarlas». Pero el uso tan difundido últimamente del término por parte de la propaganda soviética con el significado de reacción de la derecha contra postulados izquierdistas es la acepción en este libro adoptada. Naturalmente, si hay que deshacer historia, la reacción derechista consis-

⁵ Espinosa de Maestre, Francisco, *El fenómeno revisionista o los fantasmas de la derecha (sobre la matanza de Badajoz y la lucha en torno a la interpretación del pasado)*, Badajoz, Del Oeste, 2005, 104 pp.

te en escamotear hechos haciéndolos malos para la izquierda y buenos para la derecha. Aquí, concretamente, Espinosa denuncia la desfachatez de unos historiadores vendidos al franquismo —L. P. Moa, Ángel David Martín Rubio, etcétera— que en esta labor de engaño histórico son capaces hasta de «blanquear» la horrible y tristemente famosa matanza de Badajoz, perpetrada por los «nacionales» cuando tomaron esta ciudad (14 de agosto de 1936).

Pues sí, Francisco Espinosa Maestre (Villanueva de los Barros, Badajoz, 1954), arremete en este librito de 105 páginas contra los repetidos intentos de los historiadores posfranquistas de dar una interpretación partidista de los momentos socialmente más interesantes de la historia toda de España. Pero como son alérgicos a toda iniciativa de mejora social, reaccionan esos historiadores neofascistas como picados por escorpión contra cualquier idea democrática.

Transcribo los dos últimos párrafos del libro de Francisco Espinosa Maestre, a modo de conclusión y por mostrar, siquiera un poco, su ágil estilo irónico, salpicado de elegantes respingos de eso que llamamos vulgarmente *cachondeo*. Helos aquí:

La *Operación Moa*, eje del fenómeno revisionista y que, como digo, es ajena al mundo de la historia por más que se nutra de él, debe ser abordada y contrarrestada por los medios de comunicación. Contra la propaganda, información. Son los profesionales de dichos medios quienes deben indagar y nos deben contar cómo se produce el fenómeno, quiénes son los personajes —verdadera galería de conversos y raros— que lo han protagonizado y qué hay detrás de todo ello. Y son también esos profesionales los que, en unión de investigadores e historiadores, deben intentar aproximar a la sociedad el fruto de su trabajo. De poco sirve seguir como si no hubiera existido una campaña de intoxicación ideológica en la que estaban implicados, desde la televisión pública hasta la cadena de los obispos, pasando por influyentes diarios y potentes editoriales. Si la derecha contrarresta lo que considera una campaña de izquierda (el movimiento por la recuperación de la memoria histórica) con la mentira y la propaganda, la izquierda y sus medios tienen la obligación de responder a la campaña de la derecha con la verdad y la información.

No obstante, el problema, que tenía que surgir tarde o temprano, sigue ahí. Y por mucho que el PP y los ideólogos y propagandistas a su servicio quieran modificar la historia, los desaparecidos del franquismo y las fosas comunes en que fueron enterrados siguen en el mismo sitio donde los dejaron los golpistas del 36. Recuperar sus restos y su historia es una cuestión pendiente que debe afrontar la democracia española si quiere realmente cerrar de una vez el asunto. La negativa del Poder a zanjar definitivamente la cuestión solo demuestra la desconexión entre los partidos políticos y ciertas iniciativas sociales de gran calado como las relativas a la recuperación de la memoria histórica. Y también demuestra algo más grave: que del pacto de silencio, de la política del olvido y de la suspensión de la memoria que definieron el periodo 1977-1996 no podía esperarse sino el resurgir de los viejos mitos franquistas, nunca muertos del todo ni contrarrestados por un verdadero ejercicio democrático de la memoria. Ahora solo queda ver, tras el inesperado cambio político de marzo y el compromiso, todavía por definir, del nuevo Gobierno con las iniciativas en pro de la memoria histórica, qué signo tomarán los tiempos. Pero, eso sí, al menos reconforta saber que el nuevo presidente del Gobierno, José Luis Rodríguez Zapatero, nieto de una de las miles de víctimas del fascismo español, es más que improbable que haga campaña a favor del revisionismo y, sobre todo, que al menos durante varios veranos importará un bledo saber qué piensa leer Aznar López.

Y último título: *Los libros de la Guerra*, de José Luis Melero.⁶ Esta vez tenemos delante un libro de perímetro regional, aunque trata de lo mismo que los precedentes:

Este es el libro de un lector que ha buscado y leído durante años los libros y folletos de la Guerra que se escribieron en Aragón o por aragoneses, desde 1936 hasta finales de la década de los cuarenta, y que ha decidido reunirlos y comentarlos con libertad y sin prejuicios. Es esta una bibliografía de viejos libros y folletos olvidados que explica la Guerra Civil desde ópticas muy diversas y frente a la que nadie quedará indiferente.

Sigue explicándose el autor sobre un fenómeno muy interesante:

De los ciento veintiocho (128) libros seleccionados, la inmensa mayoría fueron escritos por simpatizantes de los sublevados y apenas llegan a treinta (30) los firmados por defensores del bando republicano. Son estos: los de Felipe Alaiz, Manuel Albar, Joaquín Ascaso, M. Carner, Miguel Chueca, Clemente Cimorra, Fernando Claudín, Ramón Cuervo Galán, B. Fernández Aldana, José Gabriel, Miguel González Inestal, José Laín, José López, Gregorio Oliván, Harry Pollito, Alardo Prats, Vicente Rojo, Romualdo Sánchez Granados, Juan M. Soler y Agustín Souchy Bauer, más un pequeño grupo de folletos compuesto por el de la 11ª División en Aragón, el de la Conferencia de Aragón del PCE, la Memoria del Pleno Regional de Grupos Anarquistas, el editado por el Comisariado de las Brigadas Internacionales y el que explica y describe la evacuación del tesoro artístico de Teruel. Naturalmente, la explicación de esta desproporción se encuentra en el hecho de que las tres capitales aragonesas cayeron del lado de los sublevados (con excepción del mes y medio —del 7 de enero al 22 de febrero de 1938— en que Teruel estuvo bajo el dominio de los republicanos), por lo que la producción editorial de estas ciudades estuvo en manos de los franquistas, así como también fueron franquistas la mayoría de los que contaron sus recuerdos y vivencias de la guerra en tierras aragonesas.

¿Cuál fue la causa de que los republicanos apenas escribieran, entonces? Primero porque en Aragón iban perdiendo y cuando se guerrea y se pierde no está uno para escribir memorias ni recuerdos: se pasa de estar en los parapetos y las trincheras a la cárcel, al exilio o, en el peor de los casos, al cementerio. Por eso se dice siempre: la historia la escriben los vencedores. Y si examinamos los pocos libros republicanos sobre la guerra en Aragón que se publican durante la contienda, los escriben casi siempre periodistas (Gabriel, Prats, Soler, Fernández Aldana) y no protagonistas de los combates. Y segundo, porque en la década de los cuarenta, que también se recoge en esta bibliografía, los perdedores que han sobrevivido y no están en las cárceles españolas se encuentran sufriendo un durísimo exilio que no les permitirá, al menos en esos primeros años, escribir memorias ni recuerdos.

Habrá que esperar, pues, muchos años para que vayan apareciendo este tipo de libros escritos por protagonistas del bando republicano. Así irán publicándose los de Jesús Arnal y Avelí Artís Gener, a los que luego nos referiremos, y los de Manuel Albar —*Cartas, artículos y conferencias de un periodista español en México* (1958)—, Félix Carrasquer —*La Escuela de Militantes de Aragón. Una experiencia de autogestión educativa y económica* (1978) y *Las colectividades de Aragón (un vivir auto-*

⁶ Melero Rivas, José Luis, *Los libros de la Guerra: bibliografía comentada de la Guerra Civil en Aragón (1936-1949)*, Zaragoza, Rolde de Estudios Aragoneses («Cuadernos de Cultura Aragonesa», 44), 2006, 168 pp.

gestionado, promesa de futuro (1986)—, Juan Zafón Bayo —*El consejo revolucionario de Aragón* (1979)—, Germán Riera —*Habla un «vencido»* (1979)—, Pedro Torralba Coronas —*De Ayerbe a la «Roja y Negra»: 127 Brigada Mixta* (1980)—, José Borrás —*Aragón en la revolución española* (1986)—, Ramón Liarte —*Entre la revolución y la guerra* (1986), segundo tomo, dedicado a la Guerra Civil, de su trilogía *Los pasos del tiempo*—, Arsenio Jimeno —*Zaragoza en la tormenta 1936. Testimonio de un superviviente* (1987)—, Mariano Constante —*La maldición. Memorias* (1968) y *Semblanzas de un combatiente de la 43ª División (de Broto a Puigcerdá, 1936-1939)* (1995)—, Ramón Rufat —*Espions de la République. Mémoires d'un agent secret pendant la guerre d'Espagne* (1990); ya en 1966 este autor había publicado en México sus recuerdos de las cárceles franquistas bajo el título de *En las prisiones de España*—, Sixto Agudo —*Memorias: la tenaz y dolorosa lucha por la libertad, 1939-1962* (1991) y *Por qué se perdió la República. Memorias, 1916-1939* (2001)—, Pilar Ponzán —*Lucha y muerte por la libertad. Memorias de nueve años de guerra: 1936-1945* (1996)—, Palmira Plá *Momentos de una vida* (2004)—, Antoine Jiménez —*Del amor, la guerra y la revolución. Recuerdos de la guerra de España: del 19 de julio de 1936 al 9 de febrero de 1939* (2004)—, Pascual Castejón Aznar —*Memoria en carne viva* (2005)— o Agnes Hodgson —*A una milla de Huesca: diario de una enfermera australiana en la guerra civil española* (2005), con un gran estudio preliminar de Víctor Pardo Lancina sobre la Guerra Civil en la comarca de los Monegros.

Siguen a continuación los comentarios de tres obras escogidas. La primera es *Por qué fui secretario de Durruti*, del cura hijo de Candanos mosén Jesús Arnal, libro editado en Tárrega en 1972 y reeditado en 1995 en las peores condiciones y sin nombrar al autor siquiera en la cubierta ni dar cuenta de que había sido ya publicado en la capital del Urgell. José Luis Melero escribe una breve biografía de Jesús Arnal donde se aclara por el testimonio del mismo cómo murió Durruti.

La segunda obra es *Artís Gener y un anarquista de Munébrega*, título que prepara el publicado por Artís Gener en 1945 en México DF: *556 Brigada Mixta*. El autor narra lo que vivió en el ataque a Alerre y en la defensa del cementerio de Huesca, descripción esta que pone los pelos de punta: con un panteón como cuartel general, durmiendo en los nichos y cayendo las granadas lanzadas desde Huesca que «despanzurraban las tumbas y el espectáculo no podía ser más repelente». Resulta que este Artís Gener es el famoso *Tísner*, periodista muy conocido en Barcelona por haber colaborado en el semanario *Bandera* y en varios de los diarios de humor más difundidos, tales como *L'Esquella de la Torratxa*, *La Campana de Gràcia* y *El Be Negre*.

Y, como tercer título escogido de entre los libros anteriores a la guerra, José Luis Melero nos da este: *El hombre al que fusilaron con Rafael Sánchez Mazas*. Y siguen cinco páginas sobre el tema de Rafael Sánchez Mazas, tan popularizado por la película de David Trueba, las ediciones que promueve Andrés Trapiello de las obras del falangista de la primera hora Rafael Sánchez Mazas y, sobre todo, la novela de Javier Cercas *Soldados de Salamina*, de tanto éxito.

En fin, desde la página 39 hasta la 168, o sea, en 129 páginas, despacha José Luis Melero con garbo y gran franqueza 128 libros con sus correspondientes autores tratados con respeto y consideración. Y, si sirve mi juicio, por el modo en que habla de Felipe Alaiz, sobre quien yo he escrito un estudio biobibliográfico que el mismo Melero nombra, le doy un sobresaliente.